

## LOS REGUEROS DE LA MEMORIA

Recordar es como volver a vivir, pero de una manera diferente, porque la pátina del tiempo recubre la simple historia de los acontecimientos con una nueva aureola y logra que éstos lleguen a alcanzar la categoría de leyenda, de mitología o de pequeña anécdota.

Por esto, no sabría decir con seguridad si, lo que voy a relatar, ocurrió realmente así o es mi imaginación la que me lo presenta desde esta perspectiva.

Eran los años oscuros y difíciles de la posguerra y, nosotros, los pequeños, bastante teníamos con seguir creciendo, recorrer las calles del pueblo, asistir a la escuela de don Antero y ejercitar las inocentes travesuras para perpetuar la época.

El pueblo era pequeño y nos conocíamos todos, mayores y pequeños, como una gran familia donde no hay secretos que ocultar ni miseria que envidiar. Todos vivíamos directamente del campo, a orillas del río Orbigo que, por entonces, dejaba de ser un simple trazo de agua, adorno de una geografía pintoresca, para convertirse en el sustento revitalizador, como redes capilares de pequeños regueros, del exiguo minifundio de parcelas de remolacha, de alubias o de trigo.

Entre ese variopinto sendero de recuerdos, acuden a mi mente las imágenes de una tarde de julio, bajo un sol implacable y el nublado sombrío, gigante dormido con su furia en reserva.

El tío Sebas se acaba de levantar de su siesta de ritual y, ahogando un bostezo bajo la sombra de su manaza, contempla preocupado el horizonte. Lo que ve, ramales rojizos que se estrián de arriba a abajo, a lomos del Teleno, no le está gustando nada. Mueve la cabeza preocupado y se dirige a la cuadra a dar agua al mulo y al cerdo. Un grito cruza la sala, la cocina, el corral y llega hasta la cuadra.

-En buen momento llega, -murmura el tío Sebas.

Y continúa acariciando la cabeza del viejo mulo, compañero de fatigas, que impasible a la ternura, come con avidez el pienso merecido.



El hombre se sienta en la silla enana, el espinazo tieso, los ojos en el fondo de telarañas sucias, la mirada ausente, más allá del ventano, los tobillos en cruz bajo las enneas desvencijadas, relucientes de tanto sobo de paciencia, de tanto serón remendado.

-Sacrificios, reventarse a trabajar, aguararse los riñones para esto...

Un alarido atraviesa la casa, nace allá en el cuarto de matrimonio, rebasa la cocina, cruza el patio, se enfila por la puerta abierta de la cuadra y se escapa por el boquerón como un fantasma desgarrado y malherido. El tío Sebas ni pestañea. Sus ojos acerados, tensos, se disparan por el agujón de luz, clavándose en esa oveja negra que viene por el horizonte y que impone su sombra sobre los trigales a punto de guadaña, sobre las alubias tiernas y sobre las enhiestas remolachas.

-Seguro que no va a pasar de largo, que descargará sobre las alubias, desgranará las espigas, taladrará las hojas de la remolacha; no va a dejar títere con cabeza.

Por el postigo de la cocina, la cuñada Marcela asoma nerviosa y urgente:

-¡Sebas, Sebas... Anda, avíate, que ya viene...!

Los ojos del tío Sebas no se mueven, siguen fijos más allá del mulo, en el horizonte y en el campo. La cuñada llega hasta la cuadra, menea nerviosamente el hombro izquierdo del hombre y le dice:

-Sebas, venga, que ya está aquí.

-Sí, Marcela, ya está aquí.

Y la Marcela, impaciente, rechina los dientes, estruja la punta del delantal entre las manos húmedas y se va desolada.

Más allá de la ventana el cielo se ennegrece. Una madeja de polvo, viento y hojas, se retuerce en tolvanera violenta en medio de la calle. El tío Sebas sigue inmóvil. Las sierpes que rojizas cruzan el cielo, le tienen preocupado, sorbiéndole los ojos y el respiro. Un borbotón de viento empuja violentamente la puerta de la cuadra como el jadeo de un perro cansado y ulula en los calderos. De nuevo un grito agudo atraviesa la casa y simultáneamente se derrumba la bóveda del cielo. Las esbeltas columnas de granizo caen desmoronadas en medio de un fragor ronco. El tío Sebas resuella:

-¡¡Ya está aquí!!



El granizo bota y rebota en la calle y salta por el ventanuco de la cuadra. Sebas coge un puñado, lo estruja y lo lanza violentamente contra la pared:

-¡¡¡Asesino!!!

Tiene la color pajiza, los ojos disparados, las manos engrifadas sobre las rodillas. El sudor perla su frente y la nariz aletea como una mariposa prisionera. Afuera hay un olor denso de rebaño de ovejas y en la casa huele a lumbre de chopo y a agua hervida. El estruendo se hace desesperante, en calabrazos de furia incontenible. Sebas se levanta y se dirige a la puerta de la calle. Quiere contemplar el desastre en todas sus proporciones. Una pared de agua pretende sujetar su mirada, pero no le impide ver a Mateo, el Maragato, que tiene los portones abiertos de par en par y contempla el temporal mientras fuma una faria parsimoniosamente. Es el dueño de más de la mitad de las fincas del pueblo y no le preocupa demasiado que esta tormenta de granizo asole las cosechas. Seguro que a la hora de cobrar las rentas a él no le faltará el sufrido dinero de Sebas y de otros pobres como él, que tendrán que estrujar el puñado de sus últimos ahorros. Por un momento sus miradas se cruzan y es el tío Sebas quien primero la desvía y, precipitadamente, siguiendo el cauce de una idea repentina, entra en el interior de la casa. De una escarpia, clavada tras el portón, pende la cuerda que tantos usos tiene para la labranza y también puede servir para su propósito.

-Maragato, desgraciado, no te vas a salir con la tuya. Por lo menos a este primo tú no le vas a cobrar la renta ni este año, ni al próximo, ni nunca...

En la cocina late el trasiego de las puertas abiertas precipitadamente, de cacharros retirados a manotazos del vasar y de paños rasgados de viejas sábanas de lienzo. Desde la distancia Sebas lo oye todo, en la montaña de su nueva transfiguración, como si ocurriera en otra casa, en otro pueblo. Entra en la cuadra y pone la tranca a la puerta. Después, se sube a la silla e introduce la cuerda en el hueco de la viga maestra, segando telarañas polvorientas. Por fin e afianza el nudo corredizo.

Afuera los vencejos, como chispazos de carbón, gorjean persiguiéndose en busca de refugio. El granizo es del tamaño de los huevos de perdiz. Un grito agudísimo rasga la cortina de agua y se estrella



contra la puerta, toda llena de madera. No falta más que dar una patada al respaldo de la silla porque la cabeza está rodeada con el collar de la soga. Para animarse, contempla casi sin ver el campo ancho y ajeno, el viejo mulo que sigue comiendo impassible y el cerdo que duerme sobre el lado izquierdo asegurando un buen jamón.

De pronto Marcela aporrea violentamente la puerta:

-Sebas, Sebas; per... ¿Qué estás haciendo? ¿No oyes que te estamos llamando? ¡Venga, hombre, date prisa! ¿Por qué te has encerrado? Vamos, ¡abre la puerta!

-¿Qué te pasa ahora? Dejadme todos en paz de una puñetera vez.

-Venga, Sebas. Que la Doro te ha traído un rapaz. Anda, rápido, ven a verlos. Ella pregunta por ti...

Por un momento el tío Sebas continúa indeciso, el pie en el estribo para el largo y definitivo viaje, suspendido entre la vida y la muerte. Pero es atraído por la fuerza de esa nueva vida que le está llamando sobre el fragor de la tormenta, sobre la cosecha casi arruinada, se saca la cuerda y se baja de la silla.

-Bueno. Pues este viaje hay que dejarlo para cuando Dios quiera. Tú, gocho, sigue durmiendo, que no nos faltará comida a los tres. Y tú, mulo, ya puedes prepararte que te queda muy poco tiempo en esta casa. Ya verá el Maragato, ya verá... Seguiré trabajando a pesar del granizo; ahorraré para un caballo, el más grande que haya en toda la Ribera. Porque el pequeñín va a traer la esperanza a esta casa y algún día las tierras serán tuyas...

Y ahora, apresuradamente, abre la puerta de la cuadra, dando saltos de alegría, resbala en el granizo del corral y se cae de espaldas. No se enfada, al contrario, lanza una risotada, se levanta y acude presuroso el tío Sebas hacia la cocina, corriendo por el portal, por la tormenta, por la vida.